

rescate

Algún día tendremos que leer nuestro *Bandera Roja* (1926), para más precisión, los 15 primeros números de los 52 que salieron, no sólo como un importante semanario de la lucha socialista, sino como una de las primeras publicaciones vanguardistas en Hispanoamérica. Tres jóvenes, Abraham Valdez, Rafael Reyereros y Óscar Cerruto, llenaron las páginas de esos primeros números en sintonía con lo que venía ocurriendo por entonces en el mundo (un año antes estos jóvenes –Valdez y Reyereros de 19 años y Cerruto de 13– habían fundado el “Círculo Claridad de Estudios Socialistas”). Las páginas del semanario muestran con precisión una de las facetas de la vanguardia: la reflexión sobre la relación del arte y el compromiso político y social. El texto de Valdez está publicado en julio de 1926. De este escritor, curioso en su juventud de los más diversos temas, sabemos por el *Diccionario Histórico de Bolivia* que después de la revolución del 52 se fue como docente de sociología a la universidad de Córdoba, Argentina, donde murió en 1996.

Gilmar Gonzales Salinas

La crítica en la literatura moderna

La literatura ha experimentado la conmoción desgajadora de nuestro tiempo.

Al igual que el antidogmatismo científico y el revolucionarismo político, la estética y con ella el arte pasó el período crítico de la estruendosa ruptura con el pasado. Ingresa al campo abierto de la acción subversiva.

¡Magnífica vibración eléctrica y vital, que genera en estos precisos instantes un nuevo grito con el que amanecerá más bellamente la Humanidad!

Dentro de este estado abiertamente creador de la literatura modernista, ¿cabe o es procedente el criticismo que lo llamaríamos clásico?

He aquí un problema digno de ser estudiado por los espectadores literarios.

Las verdaderas creaciones literarias de la última década de siglo ¿pueden ser juzgadas por los preceptistas?

¿Cuáles serán las manifestaciones de la crítica dentro del ambiente caldeado y revolucionario de la literatura moderna?

¿Pueden juzgarse las producciones recientes conforme al orden criteriológico establecido y de acuerdo a los cánones de la lógica y la preceptiva?

¿Será labor simplemente enumerativa o de comentario la del crítico moderno?

Considerando la crítica por su aspecto más generalizado, el de *juzgar* las obras literarias de acuerdo a reglas y formalismos encasilladores, *ya no cabe en las nuevas formas de expresión*. El literato como el ciudada-

no pos-ochentista proclama la libertad ilimitada en todas sus manifestaciones.

Desvinculados los escritores modernistas de las pautas retóricas, incluyendo los convencionalismos analógicos, sintáxicos y ortográficos, la idea, el fruto, la creación, queda también fuera de los garfios de la lógica. La lógica que ha sido hasta hoy buena mucama para los que temían extralimitarse o *abandonarse* en la baraúnda de los apetitos literarios.

Siendo nueva, tanto “morfológicamente” como en su contenido vital, la literatura modernista queda fuera del radio de la crítica al uso. A muchas millas del gesto parco, suspicaz, irónico y hasta ridículo del dómine literario.

Una producción modernista es como un fruto. Puede por tanto ser apetitosa, repugnante, grande, pequeña, deforme; tener coloraciones simpáticas o nacer sin ellas. Puede, asimismo, haberse desprendido de su *ente* generatriz extemporáneamente; antes o después de su madurez cenital, y en la plenitud de ella.

Por tanto, una obra de las que llamamos mala, ¿puede comparársela con otra *acabada* de otro tiempo o época (estación, en el caso del fruto) y producida por otro *ente* acaso de mentalidad biológicamente contraria, incubada al influjo de caracteres telúricos y sociales diferentes? (Latitud y accidentes topográficos en el caso de un fruto).

Lógicamente, no; a pesar de que el claror astral de la lógica va eclipsándose. Racionalmente tampoco. (El racionalismo es estigmatizado como dogmático, entrando por tanto en la etapa de su decoloración).

Experimentalmente no.

Dos poemas modernos son dos cosas distintas. No dan lugar a comparación con ningún otro. Cada uno es creación de un ente diferenciado.

La diversidad de *ismos* no es factor determinante para retardar la posible posición de la crítica. Hay una palpitante fuerza medular que los identifica y es la fuerza renovadora o más propiamente revolucionaria.

La anarquía es aparente. Desde el futurismo precursor en el cubismo, el super-realismo, el ultraísmo, el dadaísmo, el simplismo, el creacionismo, cunde la vitalidad intensa e infinitamente propulsora de nuestro tiempo.

Libre de amarras, el literato se alista, comprensivo de su misión. Sigue las altas y bajas mareas de los monstruosos movimientos del no menos gigantesco núcleo, que en nuestro siglo es el humano factor social.

La crítica sufre una honda crisis. Debe cambiar su modalidad; y pensamos –que su función deberá ser de observación simpatizante y creadora.

Existe un concepto sobre crítica y es el de Brunetiere, dice: “es la aplicación de una estética” conforme a una época, nación o raza. Este enunciado está bien para su época, pero no se aviene a la nuestra. Es imposible la aplicación de esa “estética” porque ella no existe. Se evidencian tantas, que es imposible oficializar alguna.

Además la época, la nación, la raza se anulan; las dos últimas especialmente por el concepto cósmico que de la raza empieza a tenerse.

La individualidad del poeta es inmunizante. No le importa el análisis, la fotografía, la maceración que de su obra hagan los viejos gnomos de la valetudinaria y orfebrística literatura y poética del siglo pasado.

Él, es él. Su obra, un fruto que lo da con liberalidad naturista.

Abraham Valdez